

Alemania, experimentos seculares

Luis Meana

«**D**enke ich an Deutschland in der Nacht / bin ich um dem Schlaf gebracht...» escribió Heine. Es decir, que en cuanto se ponía a pensar por la noche en Alemania, perdía la posibilidad de reconciliar el sueño. Que es lo mismo que, al parecer, le ocurre a más de uno, persona o país, gobernante o gobernado, dentro y fuera de Alemania, con la unificación alemana. Una vez más, la tan famosísima y socorrida estrofa de Heine sirve para expresar la inseguridad o el miedo ante esa especie de variante política de la peste africana que es el fantasma alemán. Por tranquilizar un poco: contra todo lo que suele decirse y creerse, la frase de Heine no tiene, en su origen, trasfondo político alguno, sino un trasfondo familiar más inocente: expresa la preocupación de Heine desde el exilio en París por su madre que, anciana y sola, se halla allá lejos en Alemania. Claro que aquí, como en la famosa frase del Quijote de «con la Iglesia hemos topado», puede que el falseamiento filológico diga más de la verdad que la verdad filológica misma.

Pero la frase es significativa en un segundo sentido: expresa muy bien la demacrada pobreza y convencionalidad de los esquemas mentales con los que se aborda, informativa o políticamente, los acontecimientos alemanes. Una cosa debería quedar clara de antemano: contra lo que den a entender fotos, cámaras y locutores, la alegría de la población alemana por la unificación ha sido mucho más artificial y medida de lo que parece. La alegría, verdaderamente histórica y desbordante, espontáneamente popular y profundamente emotiva, fue la de la caída del Muro, que suponía la libertad personal, lo que explica las columnas increíbles de «trabis» corriendo a cumplir esa libertad en Occidente. Frente a aquello, lo ocurrido ahora ha sido relativamente artificial, es decir, oficial: alegría sobre todo de una clase política por el cumplimiento de una serie de metas y principios políticos mantenidos, muchas veces contra viento y marea, durante decenios. Alegría por ver que, al final, se ha conseguido lo que parecía imposible. La consecución de una sola unidad estatal, el fin de una división política y geográficamente artificial, la devolución



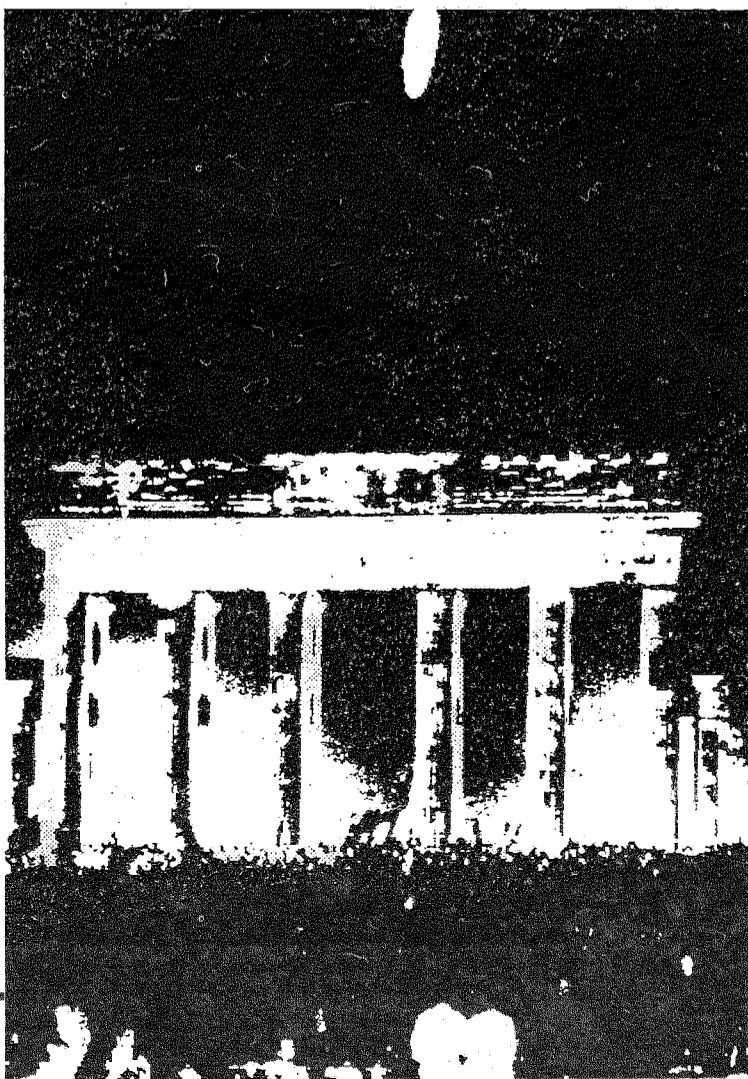
de la soberanía perdida, el fin oficial de la guerra fría son partes de una esperanzada reiniciación de una historia normal y son resultados tangibles de todo un complejo esfuerzo político del pasado, resultados que, sin duda, alegran también a la población, pero más bien colateralmente. Todos, pero sobre todo los alemanes occidentales, saben ya de sobra que el capitalismo es una religión en la que las alegrías hay que medirlas en dinero. Así que, más que atender a los bienes políticamente reales de la unificación, lo que mueve más a la población son los posibles costes y consecuencias personales. Lo demás, por importante que sea, es parcialmente secundario y, en parte, puramente ideológico.

Con lo que estamos propiamente en el tema. Lo que, sordamente, se plantea por debajo de la unificación es una labor histórica: la pendiente consumación de dos retos seculares fracasados. Primero, la idea de nación; segundo, los ideales de igualdad y justicia social del socialismo democrático. Los peligros del futuro estarán en relación directa al

cumplimiento o incumplimiento de esas tareas pendientes y viceversa. Y en todo eso, Alemania no es una entidad genética u ontológicamente única y distinta a las demás sino simplemente el lugar en el que, por distintas circunstancias históricas, llevar a cabo esos experimentos. El primer reto secular alemán, y más que alemán, fue conseguir una idea razonable de nación, tarea que está ahora de nuevo planteada de cara al futuro, al futuro europeo. El actual enfrentamiento entre la socialdemocracia y Kohl es el enfrentamiento de dos formas de concebir la nación: una forma «clásica» que tiende a moverse dentro de la vieja idea de nación, aunque desprendiéndola de sus conocidas aberraciones, y una forma «europeísta», representada por Lafontaine, para la que todas esas realidades y conceptos tienen muy poca carga afectiva, dado que esa generación joven fue sometida, en parte como resultado de las aberraciones históricas de la experiencia nazi, al distanciamiento frente al propio Estado, al distanciamiento frente a la idea y sentimiento de nación, y a crecer con un ideal europeísta, que implicaba en última instancia la disolución de Alemania en Europa, y que ahora se ve sometido a revisión dado el giro pro germánico que ha

dado la historia en este final de siglo. La misma división se percibe en la población de los dos estados: tras cuarenta años de régimen de terror, la población del Este está mucho más anclada ideológicamente en las reliquias nacionales que la occidental, que se ha visto sometida a todo tipo de influjos teórico-políticos en el libre mercado intelectual. Las dificultades electorales de Lafontaine en el Este vienen, en parte, de esa situación y de la problemática de que una forma «europeísta» de concebir la nación agarre en una población cuya única tabla de salvación ha sido agarrarse a la idea tradicional de lo alemán. En segundo lugar, por debajo de la unificación está planteado otro reto secular. Con el fracaso del llamado socialismo real no sólo ha fracasado un determinado sistema político sino algo secularmente más importante: el intento de domesticación ética de la economía capitalista. La caída del muro confirmó la imposibilidad de llevar a cabo actualmente ese adiestramiento. Tarea que, por grande que haya sido el fracaso y por grande que haya sido el supuesto triunfo del liberalismo, sigue planteada, por lo que tampoco hay motivo alguno para cantos exagerados y exageradamente autosatisfechos del liberalismo, como si los problemas internos de las sociedades capitalistas hubiesen quedado resueltos por el simple hecho del derrumbamiento del socialismo real.

El peligro que tenga el futuro no vendrá seguramente de la ontología ni de la genética alemanas, ni de las más o menos plausibles desviaciones psicogenéticas o político-históricas de los alemanes, sino del acierto a la hora de tratar y renovar una serie de ideales que son las que estaban y están, sorda o explícitamente, en el nacimiento y desarrollo de las catástrofes alemanas y europeas del siglo. Como poco a poco se va demostrando, las dificultades mayores de la unificación alemana no son las que surgen de la economía sino de las cuestiones intelectivas. Y así seguirá siendo, seguramente, en el próximo futuro. Por lo que, como ya advirtió otro alemán famoso, tan famoso por lo menos como Heine, y en frase igualmente famosa, sería bueno que tuviésemos en cuenta que lo único que podemos aprender de la historia es que no se puede aprender nada de ella. Menos todavía si uno se empeña en verla con ojos con una excesiva disposición al pasado y al tópico.



1 Luis Meana

2 Alemania, experimentos seculares

3

4 "Denke ich an Deutschland in der Nacht/ bin ich um dem
5 Schlaf gebracht....." escribió Heine. Es decir, que en cuanto se
6 ponía a pensar por la noche en Alemania, perdía la posibilidad de
7 reconciliar el sueño. Que es lo mismo que, al parecer, le ocurre a
8 más de uno, persona o país, gobernante o gobernado, dentro y
9 fuera de Alemania, con la unificación alemana. Una vez más, la
10 tan famosísima y socorrida estrofa de Heine sirve para expresar
11 la inseguridad o el miedo ante esa especie de variante política de
12 la peste africana que es el fantasma alemán. Por tranquilizar un
13 poco : contra todo lo que suele decirse y creerse, la frase de
14 Heine no tiene, en su origen, transfondo político alguno, sino un
15 transfondo familiar más inocente : expresa la preocupación de
16 Heine desde el exilio en París por su madre que, anciana y sola,
17 se halla allá lejos en Alemania. Claro que aquí, como en la
18 famosa frase del Quijote "de con la Iglesia hemos topado", puede
19 que el falseamiento filológico diga más de la verdad que la
20 verdad filológica misma.

21 Pero la frase es significativa en un segundo sentido :
22 expresa muy bien la demacrada pobreza y convencionalidad de los
23 esquemas mentales con los que se aborda, informativa o
24 políticamente, los acontecimientos alemanes. Una cosa debería
25 quedar clara de antemano : contra lo que den a entender fotos,
26 cámaras y locutores, la alegría de la población alemana por la
27 unificación ha sido mucho más artificial y medida de lo que
28 parece. La alegría, verdaderamente histórica y desbordante,

29 espontáneamente popular y profundamente emotiva, fue la de la
30 caída del muro, que suponía la libertad personal, lo que explica
31 las columnas increíbles de "trabais" corriendo a cumplir esa
32 libertad en Occidente. Frente a aquello, lo ocurrido ahora ha sido
33 relativamente artificial, es decir, oficial; alegría sobre todo de
34 una clase política por el cumplimiento de una serie de metas y
35 principios políticos mantenidos, muchas veces contra viento y
36 marea, durante decenios. Alegría por ver que, al final, se ha
37 conseguido lo que parecía imposible. La consecución de una sola
38 unidad estatal, el fin de una división política y geográficamente
39 artificial, la devolución de la soberanía perdida, el fin oficial de
40 la guerra fría son partes de una esperanzada reiniciación de una
41 historia normal y son resultados tangibles de todo un complejo
42 esfuerzo político del pasado, resultados que, sin duda, alegran
43 también a la población, pero más bien colateralmente. Todos,
44 pero sobre todo los alemanes occidentales, saben ya de sobra que
45 el capitalismo es una religión en la que las alegrías hay que
46 medirlas en dinero. Así que, más que atender a los bienes
47 políticamente reales de la unificación, lo que mueve más a la
48 población son los posibles costes y consecuencias personales. Lo
49 demás, por importante que sea, es parcialmente secundario y, en
50 parte, puramente ideológico.

51 Con lo que estamos propiamente en el tema. Lo que,
52 sordamente, se plantea por debajo de la unificación es una labor
53 histórica: la pendiente consumación de dos retos seculares
54 fracasados. Primero, la idea de nación; segundo, los ideales de
55 igualdad y justicia social del socialismo democrático. Los
56 peligros del futuro estarán en relación directa al cumplimiento o

57 incumplimiento de esas tareas pendientes y viceversa. Y en todo
58 eso, Alemania no es una entidad genética o ontológicamente
59 única y distinta a las demás sino simplemente el lugar en el que,
60 por distintas circunstancias históricas, ~~WAS~~ llevar a cabo esos
61 experimentos. El primer reto secular alemán, y más que alemán,
62 fue conseguir una idea razonable de nación, tarea que está ahora
63 de nuevo planteada de cara al futuro, al futuro europeo. El actual
64 enfrentamiento entre la socialdemocracia y Kohl es el
65 enfrentamiento de dos formas de concebir la nación: una forma
66 "clásica" que tiende a moverse dentro de la vieja idea de nación,
67 aunque desprendiéndola de sus conocidas aberraciones, y una
68 forma "europeista", representada por Lafontaine, para la que
69 todas esas realidades y conceptos tienen muy poca carga
70 afectiva, dado que esa generación joven fue sometida, en parte
71 como resultado de las aberraciones históricas de la experiencia
72 nazi, al distanciamiento frente al propio estado, al
73 distanciamiento frente a la idea y sentimiento de nación, y a
74 crecer con un ideal europeista, que implicaba en último instancia
75 la disolución de Alemania en Europa, y que ahora se ve sometido
76 a revisión dado el giro progermánico que ha dado la historia en
77 este final de siglo. La misma división se percibe en la población
78 de los dos estados: tras cuarenta años de régimen de terror, la
79 población del este está mucho más anclada ideológicamente en
80 las reliquias nacionales que la occidental, que se ha visto
81 sometida a todo tipo de influjos teórico-políticos en el libre
82 mercado intelectual. La dificultades electorales de Lafontaine en
83 el este vienen, en parte, de esa situación y de la problematidad
84 de que una forma "europeista" de concebir la nación agarre en una

85 población cuya única tabla de salvación ha sido agarrarse a la
86 idea tradicional de lo alemán. En segundo lugar, por debajo de la
87 unificación está planteado otro reto secular. Con el fracaso del
88 llamado socialismo real no sólo ha fracasado un determinado
89 sistema político sino algo secularmente más importante: el
90 intento de domesticación ética de la economía capitalista. La
91 caída del muro confirmó la imposibilidad de llevar a cabo
92 actualmente ese adiestramiento. Tarea que, por grande que haya
93 sido el fracaso y por grande que haya sido el supuesto triunfo del
94 liberalismo, sigue planteada, por lo que tampoco hay motivo
95 alguno para cantos exagerados y exageradamente autosatisfechos
96 del liberalismo, como si los problemas internos de las
97 sociedades capitalistas hubiesen quedado resueltos por el simple
98 hecho del derrumbamiento del socialismo real.

99 El peligro que tenga el futuro no vendrá seguramente de la
100 ontología ni de la genética alemanas, ni de las más o menos
101 plausibles desviaciones psico-genéticas o político-históricas de
102 los alemanes, sino del acierto a la hora de tratar y renovar una
103 serie de ideales que son las que estaban y están, sorda o
104 explícitamente, en el nacimiento y desarrollo de las catástrofes
105 alemanas y europeas del siglo. Como poco o poco se va
106 demostrando, las dificultades mayores de la unificación alemana
107 no son las que surgen de la economía sino de las cuestiones
108 intelectivas. Y así seguirá siendo, seguramente, en el próximo
109 futuro. Por lo que, como ya advirtió otro alemán famoso, tan
110 famoso por lo menos como Heine, y en frase igualmente famosa,
111 sería bueno que tuviésemos en cuenta que lo único que podemos
112 aprender de la historia es que no se puede aprender nada de ella.

- 113 Menos todavía si uno se empeña en verla con ojos con una
- 114 excesiva disposición al pasado y al tópico.